

ción es la semilla que unas veces cae en los caminos y se le comen los pájaros, otras sobre las peñas donde no puede echar raíces, otras entre zarzales y la maleza la ahoga, y otras sobre buena tierra y entonces fructifica.

¿Tendremos siguiendo el mismo giro en la observación que la semilla comida en los caminos por los pájaros es la que se pierde por la pereza y las distracciones; que la que cae sobre

CAPITULO II.

la que procura dar á los entendimientos obras; que la que perece ahogada en las aguas es la que ahoga y se naufraga por los cuidados y complicados sistemas que siguen las mentes que no saben el se-

Observaciones y consejos generales sobre la improvisación.

QUEREMOS conducir como por la mano al que desee consagrarse al estudio de la improvisación, para marcarle el camino que debe seguir, y el modo en que lo debe andar. Creemos que pocas reglas bastarán á conseguir este objeto. Un hombre eminente ha dicho: "La sabiduría consiste menos en la abundancia de doctrinas, que en un hábito feliz de discurrir bien sobre datos conocidos." Lejos, pues, de nosotros la manía de aglomerar máximas y principios, que ofuscando al entendimiento y agobiándolo con su peso, vienen en último resultado á formar un laberinto de ideas, y á hacer estériles y aun enojosas todas las tentativas. Nuestro sistema será fácil de concebir, y fácil del mismo modo de aplicar.

Sin que se necesite como antes hemos dicho tener un gran talento para ser improvisador, convenimos en que se necesita poseer una razón clara y ciertas disposiciones. Sin ellas será completamente inútil la educación oratoria. Un escritor moderno ha dicho: "La educa-

las armas de Ulises para el animoso Aquiles. Que no se retraiga, pues, ni intimide el improvisador cuando al ir á empezar el debate note en su alma la desesperante postación de que hablamos. La nave mientras se halla anclada á la orilla del mar, tampoco tiene otro movimiento que el de un peróxido y acopiado de las cosas, pero surge ligera cuando entregada á las olas desplaya sus velas y recorre en ellas el ancho todo de los vientos. El improvisador es cambiante de esta nave. A hora le veis fuera de acción remiso y casi dormitando. Aparecerá la lucha, resonará en el recinto el grito del combate, él saltará á la arena, y desde aquel momento volará con las corrientes de la inspiración, del mismo modo que el barco á que le hemos comparado se pierde en las flamas dilatadas de las aguas por el empuje que imprimen en su toldo las ráfagas que le halan al pasar. El momento que debe seguir, y el modo en que lo debe andar, es el que el hombre eminente ha dicho: "La sabiduría consiste menos en la abundancia de doctrinas, que en un hábito feliz de discurrir bien sobre datos conocidos." Lejos, pues, de nosotros la manía de aglomerar máximas y principios, que ofuscando al entendimiento y agobiándolo con su peso, vienen en último resultado á formar un laberinto de ideas, y á hacer estériles y aun enojosas todas las tentativas. Nuestro sistema será fácil de concebir, y fácil del mismo modo de aplicar. Sin que se necesite como antes hemos dicho tener un gran talento para ser improvisador, convenimos en que se necesita poseer una razón clara y ciertas disposiciones. Sin ellas será completamente inútil la educación oratoria. Un escritor moderno ha dicho: "La educa-

cion es la semilla que unas veces cae en los caminos y se la comen los pájaros, otras sobre las peñas donde no puede echar raíces, otras entre zarzales y la maleza la ahoga, y otras sobre buena tierra y entonces fructifica.”

Juzgamos siguiendo el mismo giro en la observacion, que la semilla comida en los caminos por los pájaros es la que se pierde por la pereza y las distracciones; que la que cae sobre las peñas es la educacion que inútilmente se procura dar á los entendimientos obtusos; que la que perece ahogada entre los zarzales es la que aborta y se malogra por los confusos y complicados sistemas que siguen los maestros; y que por lo tanto todo el secreto de una útil y provechosa educacion está en que haya felices disposiciones, una aplicacion continúa, método y claridad al paso que sencillez en el modo de enseñar y de ejercitarse. Pedimos por esta razon constancia en el trabajo al que quiera improvisar. Que piense que los metales preciosos se trabajan mucho tiempo en el horno ardiente, antes de aparecer con su brillo y forma artística.

Empezando por los primeros pasos del hombre en el mundo, creemos que no es indiferente para la educacion oratoria el lugar en que se nace y se vive. Los que se criaron en valles húmedos y profundos están por lo comun pálidos y enfermizos, al paso que los moradores de las alegres alturas tienen la animacion en el rostro y una vida desarrollada y poderosa en el corazon. Asi tambien tienen un pensamiento pesado, una palabra imperfecta, oscura y grosera, los que vejetan en pueblos rudos é inciviles, al paso que discurren con exactitud y se anuncian con facilidad y elegancia los habitantes de poblaciones numerosas y cultas, en que el hombre pule al hombre y el trato mejora continuamente las maneras y la

conversacion. El hombre se forma sobre lo que ve, y acaso es el mayor de todos el poder de la costumbre. No parece sino que en la cabeza haya un pulmon como el que reside en el pecho, el cual respira libremente ó con pena segun aspira un aire puro, ó se halla en contacto con corrientes moféticas. Hasta las personas dotadas de mas imaginacion y gusto, pueden hacer en sí mismas esta observacion, cuando se ven en la necesidad de vivir por algun tiempo en una poblacion atrasada, y en continúa comunicacion con gentes sin talento y sin cultura. Buscan su antiguo temple intelectual y no le encuentran: quieren pensar con libertad y con elevacion y no pueden: ensayan á hablar como antes y no aciertan. En la precision incesante de tomar el nivel de los demas para ser entendidos, vienen á contraer aquel hábito pernicioso, y la cuerda de su imaginacion duerme destemplada ó muda porque ha perdido la costumbre de vibrar con sonoridad y valentía. Un manto de plomo parece pesar sobre su cabeza y sobre su corazon. Antes eran el águila que se remontaba á alturas inconmensurables; ahora son el insecto que gira en derredor del lodo, ó á lo mas la golondrina que aunque alguna vez levante su vuelo, lo abate con frecuencia hasta tocar con su pluma la tierra encharcada.

Partiendo de esta observacion aconsejaremos á todo el que quiera llegar á improvisar, que desde el principio se esmere en el lenguaje y en los giros de la conversacion alternativa. La conversacion como los discursos tiene dos objetos: uno ideal que son los pensamientos, otro material que son las palabras. El primero se consigue y perfecciona por medio de un estudio asídúo y variado: el segundo haciéndose un caudal de expresiones escogidas las mas á propósito por su propiedad,

sonoridad y elegancia para representar la idea con toda la belleza y encantos posibles.

Los hombres en un principio encerrados en los estrechos límites de una comunicacion escasa é imperfecta, se podian contentar con comprender y ser comprendidos. La civilizacion ha perfeccionado despues las lenguas, y ha introducido en ellas un lujo en que es necesario procurar sobresalir. Ya no basta satisfacer á la razon que tiene solo la pretension modesta de que se le ofrezca la verdad ataviada de cualquier modo. Es necesario tambien llenar la necesidad del corazon que desea ser conmovido, y hasta del oido delicado y descontentadizo que busca la armonía en los sonidos é inflexiones, y que no queda contento cuando no es en esta parte halagado. No basta, pues, ya hablar: es necesario dominar por medio de la palabra. Mas á este punto no se llega sino cuando la palabra se presenta con la fisonomía que le dá el arte.

Lo repetiremos otra vez seguros de encontrar nuestra excusa en el interés de la observacion. Para lograr mas ó menos el fin desde los primeros ensayos de mas influencia para el porvenir de lo que generalmente se cree, es necesario huir el trato frecuente de las personas que solo tienen concepciones vulgares, triviales y bajas en su expresion, y cultivar el de los hombres instruidos y de buen gusto á cuyo lado siempre se adelanta porque las imaginaciones son como los líquidos que tienen una constante tendencia á nivelarse. Inútil será pasar muchas horas entregados á la lectura de los mejores libros. Todo el tono que adquiere el alma en este entretenimiento delicioso, lo pierde al caer en brazos de la costumbre sobre el fango del prosaismo que se mueve en una periferia tan árida como limitada. Y lo peor es, que el se-

llo que entonces se imprime sobre las ideas y sobre el lenguaje en los primeros años, dificilmente se borra en la edad adulta, y en las situaciones ulteriores mas favorables á los progresos del entendimiento y de la elocucion. No es, pues, de estrañar que los romanos se mostrasen tan cuidadosos en este punto, y que buscasen para nodrizas de sus hijos á las mugeres que hablaban su lengua con mas propiedad y elegancia.

Repárese si se quiere apreciar en su justo valor la ventaja para el lenguaje que dá el buen trato y la soltura que con él se adquiere, en la diferencia que existe desde la infancia entre el hombre nacido y criado en una pequeña y atrasada poblacion, y el que se cria en las grandes capitales. El primero siempre retraido, siempre cortado, se muestra poco comunicativo ó mas bien insociable, en tanto que el segundo desde que principia á hablar se anuncia con facilidad y desembarazo, y se mezcla en la sociedad mirándola como su natural elemento. Estos niños son parecidos á los pájaros. El que sale de un nido fabricado entre las áridas ramas del tomillo que crece en la llanura, necesita remontar mucho su vuelo para llegar á la elevacion desde la cual se lanza por la primera vez á los aires la aguililla que vió la luz sobre el erguido pino que se mece en la cresta de las montañas.

Si se desea todavia otro punto de comparacion mas notable, obsérvese el papel oscuro que hace en el gran mundo el que por primera vez llega á él desde el rincon apartado de una provincia. Aun cuando tenga conocimientos y si se quiere vasta erudicion, la cortedad y la timidez no le dejan manifestarlos, y á pesar de su ciencia, de todos sus libros y de todos sus estudios, permanece en las reuniones silencioso y eclipsado, en tanto que

lucen tal vez superficialmente sus talentos los que están acostumbrados de toda la vida á una comunicacion culta y fina, y á un dialecto puro y florido.

Uno de los ejercicios que mas contribuyen á dar al entendimiento copia de ideas y de palabras y á acostumbrarlo al tono y marcha convenientes, es la traduccion escrita. Debe sin embargo precaverse un peligro. Cada lengua tiene su genio y sus giros particulares, y siempre se debe conservar el genio y los giros de la lengua propia, porque no hay nada que siente peor en un discurso que el aire ó sabor de estrangerismo.

Reunido por estos medios el caudal de ideas y de palabras, se está en el caso de entregarse á estudios mas sérios y á ejercicios mas detenidos y mas útiles. Ha llegado el momento de ponerse en inmediato contacto con los genios que han brillado en la elocuencia, y de ensayar nuestro vuelo á la sombra de sus alas. Debe elegirse un modelo en cada género de oratoria; debe analizarse; deben entresacarse los mejores pasages; deben aprenderse de memoria, y no solo aprenderse de memoria y repetirse una y otra vez en nuestra elavoracion solitaria, sino tambien procurar vestir el esqueleto descompuesto, con diferentes trages, presentando la misma idea con distintas palabras, con diversas frases y con giros variados.

Este es el trabajo que mas ayuda y dispone para la improvisacion. El hombre tiende naturalmente á imitar, y en la imitacion y la costumbre puede asegurarse que está todo el secreto de la facilidad del improvisador. Es admirable el comercio que existe entre los genios, y no lo son menos las leyes inalterables de su recíproca adherencia. Bacon ha dicho: "Del mismo modo que obran los cuerpos sobre los cuerpos, obran tambien los espíri-

tus sobre los espíritus." Cuando tenemos á la vista una produccion armoniosa y magnífica, cuando la examinamos detenidamente y pugnamos por trasladarla á los talleres de nuestra alma para darle en ella otras proporciones y formas, empieza á germinar en nosotros una virtud creadora, conocemos que insensiblemente se van desarrollando nuestras facultades, nos vamos familiarizando con las imágenes y rasgos felices ó atrevidos, y empezamos á creernos capaces de concebir y formular una obra, si no igual, al menos parecida. Este es ya un gran paso.

Y no se crea que tal recurso es solo necesario á la debilidad de los talentos medianos. Los hombres mas superiores han ensayado los mismos medios, y han procurado imitar y aun templar su instrumento por el eco de otras superiores armonías. Corneille ha imitado á Lucano y á Séneca; Bossuet á los profetas; y Racine á los Griegos y á Virgilio. Preguntaron un dia á Demades dónde habia aprendido la elocuencia: "En el foro de Atenas, contestó, oyendo é imitando."

A proporcion que el hombre tiene mas genio y entusiasmo, es mas sensible á los ejemplos, ambiciona mas la gloria, y desea, si no oscurecer, igualar al menos la que otros han adquirido. Alejandro, en medio de su fortuna y de sus repetidos triunfos; siente al llegar al sepulcro de Aquiles no tener todavia la colosal reputacion de aquel héroe, ni un cantor como Homero que llene al mundo con el poema de sus hazañas. A su vez cuando César ve la estatua de este mismo Alejandro, muestra su impaciencia y su dolor por no poder sobrepujarle. Temístocles no duerme pensando siempre en los triunfos de Milciades; y llena está la historia de los grandes hombres, de esos rasgos de rivalidad fecunda, de emu-

lacion inquieta y elevada que han poblado la tierra de hechos maravillosos.

Mas al proponerse la imitacion, no se olvide lo que hemos dicho en otra parte. El genio debe conservar su tipo y su fisonomía. El resorte de la emulacion le pone en marcha; los cuadros que tiene á la vista son su antorcha; mas ni lo uno ni lo otro debe desnaturalizar las formas de sus concepciones ni de su expresion, y si solo guiarle, mostrándole el camino sin sujetar su paso ni sus movimientos. Los modelos deben ser para nosotros lo que para los reyes magos la estrella que con su luz y direccion les mostraba el punto á que se encaminaba su esperanza y su fé.

¿De qué, pues, nos servirá entonces, podrá preguntársenos, el estudio analítico y lento de los modelos, si en ellos se nos quiere dar solo una sombra y no un cuerpo, un sonido y no el instrumento de que parte? De familiarizarnos con los movimientos sublimes, con los rasgos elevados, con la llama de la inspiracion, con esa corriente creadora que fecundiza á la esterilidad misma; de adquirir todos los tonos y todas las inflexiones. Por este estudio práctico y de continuos ensayos, discurriendo sobre lo que otros han escrito ó hablado, y apropiándonoslo con distintos trages y con diversos adornos, llega á formarse en nuestra cabeza una especie de molde intelectual, en el cual se van vaciando los discursos del aprendizaje, y despues con mas suceso los de la madurez oratoria.

Y no se tema que salgan monótonos, desnudos del atractivo de la variedad en las formas. La imaginacion es muy rica en galas; á cada momento las varía, y cuando se halla verdaderamente interesada y conmovida, las derrama con una profusion admirable. Para ir al mis-

mo punto, marcha por diversos caminos, siempre ostentando su lozanía y poder, siempre cautivando con el brillo de su luz.

En lo que hemos dicho acerca de la imitacion y de los modelos, se funda una observacion que no habrán dejado de hacer todos los oradores. Siempre es mas fácil y ventajoso bajo el solo punto de vista de decir bien, contestar á un orador brillante, que á otro comun y prosaico cuya peroracion ni pruebe ni conmueva. ¿Y por qué? Porque en el primer caso empezamos á hablar cuando todavia palpita con violencia nuestro corazon, y resuenan en nuestro oido los ecos de una mágica armonía. Movidos por este recuerdo poderoso, nos elevamos instintivamente á la altura en que posó su vuelo el adversario que nos ha precedido. El ha dejado esparcidos por el espacio los dulces y vibradores sonidos de su arpa, y nosotros los recogemos, tomando desde nuestros preludios la dulzura y magestad de su entonacion.

Lo contrario sucede cuando se habla despues de un orador sin imágenes y sin vehemencia. En vez de dejarnos una llama expansiva, no nos ha dejado sino una ceniza helada, cuyo contacto nos enfria lejos de poder nos reanimar. Pedimos tono y modelos á la memoria, y ésta para traérmolos necesita cruzar por los vastos arenales que ha formado la discusion. Acude entonces á sus tesoros; pero hasta la accion de este recurso es mas lenta y menos activa, porque tiene que luchar con una impresion reciente, y que mezclar su brillante colorido con el repugnante betun de nauseabundos recuerdos.

Pero para que el orador aproveche todas las ventajas que hemos enumerado, es necesario que no solo tenga viveza y perspicacia de entendimiento, sino tambien un gran fondo de sensibilidad en el corazon. Donde no hay

sensibilidad no puede haber emociones, y donde éstas faltan no puede haber arranques, no puede haber inspiracion, no puede resonar sino una palabra impotente y fria.

Mas aquella disposicion tan favorable á la oratoria es con frecuencia funesta al que la posee. La desgracia elige sus víctimas, y las cabezas de los improvisadores han sido por lo comun las destinadas al sacrificio. Parece que el destino les haya dicho: Vuestra inteligencia será poderosa; dominareis por el pensamiento y por la palabra. Yo pondré en vuestra mano un arma formidable y aun invencible; pero en cambio sereis el blanco de la emulacion y de la envidia, y escribireis las páginas de vuestra historia con las lágrimas de vuestros ojos mezcladas con la hiel que destilará vuestro corazon. Fuera de un mundo en que no os hallareis bien colocados porque la mansion del genio son los campos Elíseos en que habitan las almas afortunadas, pasareis por escétricos y singulares para los que no os comprendan, y vuestros dias serán el cuadro de un trágico poema cuyas páginas escribirán la injusticia y la persecucion.

Nada mas tierno y melancólico que estas palabras de Demóstenes desterrado. “Si desde el principio, decia, se me hubieran presentado dos caminos, el de la tribuna y el de una muerte cierta, y yo hubiera podido prever todos los males que me esperaban en la vida pública, los celos, las calumnias, los ataques, me hubiera arrojado bajando la cabeza y sin vacilar en el camino de la muerte.” “¡Ay! añade un biógrafo, ¿qué hombre grande no habrá pronunciado alguna vez en su vida estas ó parecidas palabras?”

Pero la imaginacion tiene sus necesidades y sus pasiones como ha dicho Lamartine, y el que nace para

orador ó para poeta lo será á despecho de todas las contradicciones, y á pesar de esa sentencia fatídica que parece haya lanzado el destino sobre el genio. Que se presente la ocasion, y aparecerá con ella el orador para describir como el meteoro una línea rápida y luminosa. Esta ocasion depende las mas veces de la casualidad. ¡Qué incomprensible es la cadena de los sucesos que rigen ó trastornan al mundo! Demóstenes se levantó un dia sin ningun designio y sin ninguna aspiracion. Vagando al acaso, fué arrastrado por la multitud al lugar de las arengas donde Calistrato defendia á la ciudad de Oropo. Toda la Grecia asistia á aquel debate importante: y concluido, el orador fué llevado en triunfo por el pueblo embriagado con sus acentos. Demóstenes escitado por aquel cuadro magnífico, y conmovido por aquella palabra arrebatadora, pronunció su vocacion irrevocable, y desde aquel instante se reveló el orador. Los destinos de los griegos dependieron bien pronto de aquella hora y de aquella casualidad. Mirabeau no hubiera sido nada sin la revolucion francesa y sin que antes hubieran desarrollado las facultades y la sensibilidad de aquel hombre extraordinario las persecuciones de su padre y del gobierno. No basta, pues, para ser orador nacer con disposiciones; es necesario llegar en buena coyuntura. El orador es el pedernal que arroja la chispa luminosa tan pronto como es herido por el acero.

Pero volviendo á nuestra materia. Este sistema de estudio, de meditacion, de trabajo sobre un modelo, de continuos ensayos y de incesantes tentativas tiene á su favor las teorías, la razon y la esperiencia. La esperiencia, porque ninguno aun dotado de las facultades mas aventajadas ha sido orador desde el primer discurs-

so, sino que ha tenido que vencer progresivamente las dificultades, y que ir adquiriendo la perfeccion á fuerza de laboriosidad. La razon, porque cuando oimos un discurso todos decimos: "eso lo sé yo aunque no puedo decirlo así:" luego no echamos de menos la inteligencia, sino que lo único que nos falta es el arte. Las teorías, porque en postrer análisis y segun los sistemas ideológicos, todas las operaciones del alma se reducen á movimientos y á repeticiones de movimientos. Por este mecanismo se adquieren los hábitos, y los hábitos no son mas que el triunfo de la constancia sobre las dificultades de una naturaleza rebelde.

Las ideas, las palabras y los giros de concepcion y de espresion son para nuestra cabeza y para nuestra lengua, lo que son para nuestros dedos las diversas pulsaciones de un piano cuando nos dedicamos á su estudio. Ni aun los aislados sonidos salen bien en el principio: despues formamos ya cláusulas y armonías completas, y concluimos por dominar el teclado y enseñorearnos en su posesion. Otro tanto nos sucede con el teclado de la memoria y de la imaginacion cuando las queremos hacer servir para formar un discurso. Al principio todo es desaliñado é informe; pero de esas mismas tinieblas á fuerza de ensayos y de perseverancia brota por último el órden y la regularidad.

Mas todos estos afanes, todos estos esfuerzos y preparaciones se malograrán si el orador llegada la hora de la lucha no tiene bastante serenidad de espíritu. El enemigo mas temible de la improvisacion es la timidez. Esta especie de pudor del alma la ofusca y enreda en sus mismas ideas, y es imposible que en situacion tan angustiosa y desesperada se produzca nada que merezca ser escuchado. En la improvisacion como ha dicho

un observador: "La calma debe dominar á la tempestad, y el genio debe ver y distinguir lo que la imaginacion le presenta, para admitirlo ó desecharlo. Es necesario que el orador se haga la ilusion de que está solo en aquel recinto, se coloque fuera del alcance de la censura y de los sarcasmos, que tenga en sí mismo una modesta confianza, y que sin rebajar la línea que ella le traza, aspire sobre los que le escuchan al ascendiente que lleva consigo el sentimiento de cierta superioridad.

El que en aquel momento se crea de igual estatura que los demas que le oyen, no podrá remontar mucho su vuelo, ni adquirir proporciones gigantescas. La inspiracion altera todas las medidas, y en el instante solemne en que se revela el orador, es para los que le escuchan el astro que desde los cielos derrama una luz fascinadora sobre el mortal que le contempla en la tierra silencioso y estasiado. Que se deseche, pues, ese temor funesto que ahoga toda feliz espresion, que sujeta las alas y hasta imposibilita el movimiento del raciocinio, echando sobre él un manto sofocante de compresion y de densas sombras. El miedo en estas ocasiones es á los conatos del orador lo que la fascinacion de la mirada de la serpiente es al ave que pierde con ella la facultad de volar. Sin emanciparse de este fantasma que nos encadena, imposible es pronunciar una palabra sola que pueda ser oida con agrado, y menos pasar á la posteridad.

